

## EDITORIAL

# El Regreso a la Realidad

Desde el 11 de abril inmediato pasado hasta nuestros días la sociedad venezolana ha sido sometida al clímax y al anti-clímax de la intolerancia y del mutuo desconocimiento, la protesta y el rechazo al gobierno terminaron convirtiéndose en una secuela de eventos equívocos, llenos de ambigüedad y confusión. Sectores diversos con agendas encontradas provocaron finalmente, la salida momentánea del gobierno, el cual había contribuido de modo notable a su propio acorralamiento y a su rotundo aislamiento torpeza tras torpeza; en menos de cuarenta y ocho horas la intervención militar que provocó de facto, el fin del gobierno legítimo, hizo también posible su retorno pues, la ilegitimidad del gobierno surgido en la crisis fue mayor y sobre todo su extrema impericia hicieron insostenible su viabilidad. Sin embargo, el gobierno retorna debilitado y a la defensiva. El disparador que provoca tan contradictorias secuelas lo constituye el asesinato vil de casi dos decenas de manifestantes en plena confrontación en los alrededores del Palacio de Gobierno, Miraflores. La oposición y el gobierno aducen la responsabilidad de los contrarios y a más de tres meses no ha sido posible la conformación de una Comisión de la Verdad que con capacidad y con independencia ponga las cosas en claro. Mientras tanto, la diatriba permanente y el debate estéril nos condenan a que la situación se profundice y de la crisis sociopolítica aguda marchemos impertérritos a la crisis socioeconómica severa. La moneda se ha devaluado en más del sesenta por ciento, el déficit fiscal puede estar por encima de los cuatro puntos del PTB, la iliquidez financiera mantiene considerablemente atrasadas las remesas presupuestarias y la inflación, el más perverso de los impuestos, salta los dos dígitos y amenaza con llegar a 30%. El gobierno pretende “guapear” como si no hubiere ocurrido nada significativo y la tendencia casi inercial de los opositores no da tregua y se mantiene en sus “cuatros” (ni un paso atrás y fuera Chávez). La situación luce anómicamente insostenible y el

fantasma de la violencia desatada y de alguna forma de guerra civil de ininteligible intensidad muestra sus fauces. En la práctica, vivimos un proceso extrañamente bizarro. La institucionalidad reconstituida a partir de la Constitución de 1999 hace aguas por ilegitimidad de desempeño que no de origen, y por carecer de confiabilidad para las mayorías. Los Poderes Públicos no se estructuraron siguiendo rigurosamente las normas previstas sino que la “viveza” tradicional de los gobiernos de todas nuestras repúblicas y de la actual también, pretendieron colocar “simpatizantes fieles” que garantizaran el control del Ejecutivo. Consecuencia más inmediata: “ni lavan ni prestan la batea” y ante la crisis generalizada se tornan no en solución sino en parte del problema. A su vez, pese a su innegable fortalecimiento, la oposición no logra cuajar un proyecto alternativo de país que de luz al final del túnel y que menos aún logre encarnarse en personas y grupos que expresen claramente alternativas creíbles; aún están por construirse. De hecho, el gobierno no calza los puntos y la oposición tampoco. Lo cual nos sitúa en una perspectiva de vértigo. Minorías extremistas de lado y lado obstaculizan intentos de diálogos eficaces y acuerdos mínimos que le devuelvan gobernabilidad a la situación de la Nación. Ésta luce paralizada. ¿Cuánto tiempo soporta una Sociedad semejante predicamento?

En FERMENTUM creemos que no mucho. Hacemos votos porque la racionalidad y la cordura logren imponerse sobre la irracionalidad y la locura. En medio de las complicaciones estamos absolutamente convencidos de que este país tiene, en todos los bandos en pugna y en los otros sectores capacidades y potencialidades para superar la contingencia pese a su gravedad.

Es más que obvia la necesidad de reconstituir un consenso que a modo de acuerdo mínimo nos devuelva la concordia esencial para definir desde una mayoría orgánica un proyecto inclusivo de país. Algunos han sugerido algunas de sus partes, profundizar la democracia, enfrentar y derrotar con perspectiva de corto, mediano y largo plazo a la pobreza, fomentar la productividad, reconstruir la economía, sepultar el rentismo y el paternalismo, privilegiar la educación a todos los niveles.

¿Podríamos hacer uso de uno de los saldos positivos de estos tres años, la re-politización de diversos sectores para reconstruir las redes de la participación a favor de un país que pese a sus diferencias y a sus iniquidades tiene indudable capacidad instalada para salir adelante? Ese es precisamente el reto del porvenir.

*Oscar Aguilera / Director*